

aquel cariño, el pensamiento de preguntarla si tenía dinero en el bolsillo.

Felizmente para la joven, cuando los Chavarux cesaron en sus lamentaciones, bajo las cuales se comprendía todos los odios de un cálculo fallido, Jorge de Caylus se aproximó á su vez á la portezuela y puso en manos de Aurora una bolsa bastante pesada diciéndola muy bajito:

—Es un préstamo, un préstamo de amigo. ¡Quiera Dios que algún día me lo podáis devolver!

La joven dijo con lágrimas en los ojos:

—¡Es demasiado! ¡Es demasiado!

El conde insistió.

—No lo rechacéis, y si alguna vez puedo seros útil, pensad en mí. No os olvidaré.

La joven le tendió la mano; él se la estrechó con un poco más fuerza que si hubiese sido un indiferente.

Y soltándose la con pesar, dijo al cochero:

—Andando.

Oculto detrás de los visillos de una ventana, Bernardo Chavarux los examinaba con ojos biliosos y pensaba:

—Va á París; pues bien, yo también iré.

A la misma hora he aquí lo que ocurría en la Sauvetiere.

IX

Extinción de una raza.

En una habitación de la casa, en una cama de columnas, con cortinas de color azul, muy ajadas y descoloridas por los años, agonizaba

el herido del pabellón arruinado, el último superviviente de una familia noble de Auvernia.

No moría de la herida.

Sucumbía á los tormentos que padecía hacía veinte años.

Le mataba su ruina, lenta en un principio y que al fin se precipitaba con la rapidez de un torrente de los Pirineos que se precipita en el fondo de los abismos.

Elena estaba sentada á su lado, en uno de aquellos bancos de madera de encina, con los cuales nuestros padres, menos exigentes que nosotros, se contentaban.

El médico, que debía volver por la tarde, se había marchado algunas horas antes, no ocultando que tenía un fin fatal y próximo.

Sacó de entre las sábanas una descarnada mano, y la colocó sobre la de la joven.

—¡Elena!—le dijo.—¡Más adelante nos maldecirás á tu madre y á mí.

—¡Padre mío!...

—Déjame hablar. Para que nos juzgues es preciso que conozcas nuestras faltas y sus causas. Tu porvenir ha de ser cruel y nos lo debes á nosotros.

—¡Os ruego!...

—Cuando desaparezca yo, te quedarás sola, sin parientes, sin fortuna, sin protección... ¡Más desgraciada que una criada!... ¡Más que los niños pobres cuya juventud ya les tiene acostumbrados á la miseria que les espera! Estamos arruinados y nuestra ruina no tiene remedio... Sin embargo, en otro tiempo éramos casi ricos y debimos transmitirte íntegra la herencia...

—¿Qué me importa, con tal que viváis?

--¡Dentro de pocas horas ya no existiré!...
 ¿Para qué puedo servirte? ¡Soy una carga!...
 ¡El orgullo nos ha perdido!... ¡La necesidad de
 brillar!... ¡En vez de vivir modestamente, ha-
 ciendo la misma vida que nuestros abuelos,
 con nuestras rentas en el campo, hemos que-
 rido vivir en las ciudades!

Primero en Paris, donde todo se pierde; des-
 pués en Nevers, donde ya empezó la decaden-
 cia... Todos los años era preciso vender tierras,
 patrimonio de la familia desde hacía muchos
 siglos. Han desaparecido poco á poco y hemos
 hallado agentes complacientes para ayudarnos
 y precipitar nuestra ruina. El más siniestro
 de todos ya le conoces, no está lejos de aquí.
 El es el que nos ha dado el golpe fatal... Los
 otros han cumplido con su deber; él es un ban-
 dido digno de presidio... He firmado en su casa
 un último préstamo, cuyo importe no he reci-
 bido... treinta mil francos, con los cuales te
 queria asegurar el pan... La ley está de su
 parte... Las pruebas me faltan... Si yo le hu-
 biese encausado, hubiese perdido el honor... Su
 reputación es excelente y es muy rico... Nos-
 otros somos pobres... Me hubiesen acusado de
 haber escuchado los consejos de la miseria.

El moribundo añadió con un suspiro de
 desesperación:

--¡Había firmado!

Y prosiguió con más fuerza:

--¡Esta era la causa de mis viajes á Vichy,
 tan frecuentes desde hacía algún tiempo, y de
 los cuales volvía cada vez más desalentado!...
 ¡Ese hombre tiene una hipocresía feroz!... ¡Se
 burlaba de mí de una manera inicua! ¡Es capaz
 de todo con tal de aumentar una fortuna de

la cual no sabe ni aun gozar, y que amontona
 por avaricia!... ¡Gracias á mi imprudencia, á
 mi fe estúpida en la fe de ese malhechor, esta
 posesión, la única que quedaba de tantas otras
 que te hubiesen proporcionado un bienestar y
 quizás la dicha, ya no nos pertenece!... ¡Cuan-
 do me hayas conducido al cementerio, mañana
 quizás, no poseerás nada, nada!... ¡Sí!... ¡Te
 quedan algunas deudas!...

Cesó de hablar.

Su voz se hacía cada vez más débil.

Su cabeza, levantada un instante, cayó pe-
 sadamente sobre la almohada, y una palidez
 cadavérica cubrió su rostro.

Allí, aquellas revelaciones no enseñaban na-
 da nuevo á la joven.

Quizás fuera su desgracia más completa de
 lo que suponía; pero ella estaba preparada pa-
 ra semejante confesión.

El malestar que de día en día aumentaba
 en la Sauvetiere no bastaban para advertir-
 selo.

Por toda respuesta colocó sus labios sobre
 la frente helada del moribundo, y no le pre-
 guntó ni el nombre del notario que le robaba
 el último óbolo, con el cual podían contar.

Era el señor Pilet-Desbuttes.

No la cabía duda.

En efecto, él era el que habia hecho firmar
 á aquel pobre cliente demasiado crédulo, y ya
 muy debilitado con las dificultades crecientes
 de una situación cada vez más desesperada, el
 reconocimiento de una deuda de treinta mil
 francos y una escritura de venta de la pose-
 sión, que ya no podían habitar, y de una ma-
 nera cínica, fria, con una hipocresía llevada á

los últimos límites del arte, le negaba la suma, de la cual, el desgraciado, al firmar la escritura, habia dado el recibo.

Estas cosas ocurren. Crímenes tales se cometen más á menudo de lo que se cree.

Elena se aproximó á la ventana.

A lo lejos, en el fondo del valle, el camino que conduce á Aubignac se prolongaba como una cinta enrojecida por la luz del sol poniente.

Con la frente apoyada en los cristales con el fin de apaciguar la fiebre, la señorita de Solmes miraba fijamente aquel camino con la secreta esperanza de ver aparecer en él el carruaje que ordinariamente conducía á su amiga á la Sauvetiere.

Aurora debía haber recibido su carta.

Sabía que estaba sola.

Anonadada por las desgracias que caían sobre ellas.

¿Podía dejarla luchar entre aquellas miserias sin tratar de venir en su ayuda, sin asistirle en sus sufrimientos?

Era imposible.

Conocía el corazón de su amiga.

La esperaba.

De cuando en cuando se volvía hacia la cama donde agonizaba aquel hombre gastado antes de tiempo, víctima de los errores y agobiado por el peso de una ruina, debida á su imprevisión y ligereza.

¡Ella y él!

Era todo cuanto quedaba de una raza de aquellos orgullosos auverneses, cuyos antepasados hicieron frente á aquellos soldados del César, conquistadores del mundo.

Un anciano arruinado por sus propias faltas, desesperado, y una joven deshonrada, condenada, no solamente á luchar para sí, sino para el hijo sin padre que llevaba en su seno.

¡Fin trágico y miserable!

De repente oyó una queja.

Salía de los labios del moribundo.

Corrió hacia el lecho.

El enfermo murmuró algunas palabras articuladas, entre las cuales sólo se distinguía esta:

—¡Perdón!

La joven le abrazó cariñosamente, diciéndole:

—No tengo nada que perdonaros, padre mío; yo soy quien debe implorar vuestro perdón.

El anciano hizo un último esfuerzo y balbució estas palabras que su hija ya habia oído:

—¡No, no!... ¡Es culpa mía... eras demasiado desgraciada!

La miró por última vez con sus ojos ya vidriosos y apagados y con una ternura infinita.

Sus labios exhalaban un último suspiro y permaneció inmóvil.

Estaba muerto.

Elena se dejó caer de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos y lloró.

Mónica sollozaba también postrada de rodillas en un rincón de la habitación.

Era una criada de otra época, tan adicta á sus amos por muy pobres que fuesen, como el labrador á su arado.

Elena estaba allí desde hacia algunos minutos, cuando notó que dos brazos la abrazaban y que dos labios se apoyaban sobre su frente,

Se incorporó y reconoció á Aurora.

—¡Eres tú!—murmuró en un arranque de alegría!... ¡Te esperaba!

—Aquí estoy; ya no nos separaremos más.

Llevó á su amiga á la ventana.

Delante de la puerta estaba aún el coche que le había traído.

Los caballos relinchaban.

Marius Charbert, que acababa de dejar en el vestibulo el ligero equipaje de la joven, se hallaba ya en el pescante al lado del cochera.

Sus ojos parecían interrogar á Aurora.

La joven le dió las gracias con un gesto que era al mismo tiempo una despedida.

Podía marcharse.

Estaba en su destino.

El antigua granadero la envió un saludo cariñoso y una sonrisa que decían claramente.

—Ya sabéis que somos amigos; si necesitáis algo, avisadnos.

Y el elegante carruaje dió media vuelta y empezó á recorrer el camino, alejándose con velocidad hacia el valle de Aubignac.

Elena y Aurora quedaban solas.

Durante dos días velaron al muerto en compañía de la anciana criada.

Después tuvo lugar la triste ceremonia de la inhumación.

Acudieron pocos amigos.

Los de Solmes eran pobres, todo el mundo lo sabía.

Nada hace tan pronto el vacío alrededor de una casa, por grande que sea, por resplandeciente que hayan sido las recepciones pasadas como la ruina irremediable.

Sin embargo no dejaron de asistir algunos. La mayoría eran honrados aldeanos.

También estaba allí el Sr. Pilet Desbuttes, que había venido de Vichy en su cabriolet, guiado por su fiel Bernardo Chavarux.

El Sr. Pilet no hubiese dejado de acompañar el convoy fúnebre de un cliente.

Allí estaba y los aldeanos decían:

—¡Pobre señor! ¡Qué bueno es! ¡Venir desde tan lejos!

Y le saludaban cuanto más vieja y rapada estaba su levita y su carruaje más sucio.

Se hubiese dicho al ver los nombres raros con que le acogían y los cordiales «Salud, señor Pilet, que tal va» con que de todas partes le agobiaban, que no había hecho más que bien á todos los habitantes de Auvernia.

El ser que no hubiese saludado á su paso á aquel buitre del notariado, se hubiese expuesto á la crítica de las gentes.

Al salir de la iglesia el Sr. Pilet, que acababa de acompañar á las jóvenes á la casa mortuoria y cuyo carruaje le esperaba á la puerta, se aproximó á la huérfana y le dijo con tono cariñoso:

—¿Queréis concederme una entrevista de algunos instantes?

—Sí.

Aurora, muy discretamente, se había separado.

Bernardo Chavarux, que estaba al lado del carruaje de su amo, se encontró á su lado.

El escribiente había recobrado su aplomo.

—¿Seguís aun diciendo que no?—la preguntó con voz mordaz.

La joven no contestó y continuó su camino.

—Está bien, está bien—balbució,—ve donde quieras. Nos volveremos á ver hermosa.

La aventura de las ruinas cambiaba sus proyectos.

Sin tener la franqueza de confesárselo al señor Pilet, le había hecho comprender que lo había tanteado todo para vencer la resistencia de Aurora y que se veía obligado á renunciar á ella.

Y añadía: Que en aquella provincia se la haría estrecho el campo de sus ambiciones y que no le disgustaría ir á París, á menos que su patrón no estuviese dispuesto á cederle su estudio, que él podría dirigir perfectamente sin que perdiese importancia.

En este punto se hallaban las cosas.

Era un asunto que tenían que tratar Claudia y su antiguo amo.

El señor Pilet iba á franquear la puerta del salón de la Sauvetiere.

En el momento de entrar llamó á Aurora con tono afectuoso, diciéndola:

—Venid, os lo ruego.

—Pero...

—No, no estais demás. La señorita de Solmes es vuestra amiga.

La joven obedeció y cerró la puerta.

Aquel enorme salón de la Sauvetiere, á pesar de la estación, era sombrío, casi glacial, con sus paredes de tres pies de espesor, sus ventanas cuyas maderas estaban entreabiertas.

En cuanto se entraba, un frío de tumba recorría el cuerpo.

Este era el sitio á propósito para celebrar la entrevista que el notario reclamaba.

Empezó dirigiéndose á la huérfana:

—Es para mí un deber muy penoso el daros á conocer una situación que conocéis muy imperfectamente sin duda...

—Sí, sí,—dijo con viveza la joven.—Mi padre me lo ha dicho todo.

—¿Recientemente?

—Algunos momentos antes de su muerte.

—¿De modo que ya sabeis?

—Que no tengo que esperar nada; que un indigno abuso de confianza nos ha privado de los últimos restos de nuestra fortuna.

—¡Ah!—exclamó sencillamente el señor Pilet.

No se indignó.

Una sonrisa compasiva conmovió sus delgadísimos labios.

—Querida mía—dijo,—la acusación que acabáis de formular es gravísima. Ya sabéis que á toda acusación hay que unir pruebas. No puede existir un delito imaginario. Yo estimaba mucho al señor de Solmes y acabo de rendir tributo á su memoria, pero no he podido emplear el lenguaje que vos empleáis...

—Creo estarle oyendo aun.

—Sería entonces porque en sus últimos momentos tendría trastornada la razón. Por lo demás, hacía ya tiempo que la desgracia producía en él sus efectos naturales. Se le hubiera creído enfermo y atacado del delirio de las persecuciones.

La señorita de Solmes movió la cabeza.

Y con resignada dignidad, replicó:

—Os ruego, caballero, que dejemos esta inútil discusión. Sin dinero, sin amigos, sin consejos, no entablaré con vos una lucha cuyo término no sería dudoso. Abandonaré este

país para no volver jamás... No me llevaré nada y me rendiréis las cuentas como más os agrade. Lo dejo todo á vuestra propia conciencia.

El señor Pilet se había sentado en un sillón de alto respaldo.

No se levantó.

Con la misma serenidad y el mismo acento, prosiguió:

—Después de lo que acabáis de decir, debía retirarme, abandonándoos á vuestras inspiraciones. Mi reputación nada tiene que temer de unos ataques que no tendrían eco en el país; pero tengo que cumplir mi deber y lo cumpliré hasta lo último. Yo, que era el notario del señor de Solmes, conocía la situación de sus negocios mucho mejor que él. Tengo el pesar de decíroslo, señorita, vuestro señor padre no sabía contar. Es una deplorable falta. Cuando se tienen deudas considerables, los intereses y los gastos se van amontonando. Esto es lo que se olvida y lo que precipita al desastre. Quería ofreceros un socorro con mi bolsa, único motivo por el cual he solicitado de vos esta entrevista en unos momentos en que debéis estar embargada por el dolor...

—Os doy las gracias, caballero, me marcharé dentro de algunos días de esta casa, que ya no es la mía... ¡Mi padre la ha vendido...

—En efecto.

—¿Hace mucho tiempo?

—Tres meses próximamente. Tan solo por consideración al comprador le ha dejado permanecer en ella hasta que tomara una resolución definitiva.

—¿Y el mobiliario?

—Os podeis llevar ó vender los objetos que tengan para vos algun recuerdo.

—¿Tan solo esos?

—Sí.

—Está bien.

—Debo añadir que aun quedarán algunas deudas, pero como me son personales y que no quiero agravar vuestra situación...

—Decid mi miseria.

—No os hablaré de ellas.

—Yo quiero, en cambio, conocerlas. Quizás llegue un día en que pueda pagarlas...

—Como gustéis. Tenía algunas cantidades de reserva para vos. ¿Las aceptais?

—No, señor.

El señor Pilet se levantó.

—Haceis mal—dijo.—La vida es más ruda de lo que uno se figura, y los servicios de un amigo verdadero no son de desdeñar.

Se volvió hacia Aurora:

—Y vos—la dijo—¿os marchais también?

—Esas intenciones tengo.

—¿Rechazáis lo que os he propuesto?

—Es preciso.

—¿Dónde iréis?

—Donde el destino me conduzca.

—¿Y si la suerte os es adversa?

—Sufriré las consecuencias.

—¿Estais decidida?

—Sí.

—Os hago la misma proposición que á vuestra amiga. Quisiera ayudaros.

—Gracias.

—¿No aceptais?

—No quiero vivir de limosna, y si hay que creerlo, he vivido mucho tiempo de ese modo.

—Adios, pues.

—Adiós, caballero, y muchas gracias por cuanto habeis hecho por mí.

El notario hizo un gesto de resignación, extendió sus delgadísimos brazos y repitió:

—Adiós.

Cuando estuvo montado en su cabriolet, pensaba:

—Es una lástima. ¡Qué va á ser de ellas! Poco me importa, me queda el dinero, que es el más dulce de los consuelos.

Tres días después, sobre las seis de la mañana, un carro de dos ruedas, enganchado á un caballazo y cargado de bultos y algunos muebles, franqueaba el pórtico de la Sauvetiere, de aquella antigua posesión que desde hacía más de tres siglos pertenecía á los de Solmes.

Como á otras muchas familias de Francia ya no le quedaba nada al último descendiente de aquella.

En aquel carro iban también dos jovenes completamente vestidas de negro, con los vestidos que algunos meses antes llevaban en el convento de Moulins.

A pesar de estar en medio del verano, aquellas infelices tiritaban á causa de la niebla y del frío de la mañana.

A un lado del camino se hallaba esperándolas Mónica, la antigua criada, que quería despedirse de las jóvenes.

Cuando paró el carro, Elena se inclinó y la abrazó. Entonces la anciana la dijo con lágrimas en los ojos:

—¿No queréis llevarme? Os serviría... ¡Os quiero mucho! ¿Qué va á ser de mí cuando me quede sola?

Aurora tuvo un arranque de cariño:

—¡Subid! ¡Viviremos como podamos!

Desde la muerte del padre, ella era la que sostenía á su amiga.

Al comenzar aquel nuevo género de vida, se sentía con más valor. Como si ella se hubiese constituido en jefe de aquella familia, que de una manera tan rara se había formado, uniendo á las tres mujeres con los lazos de la desgracia, se había propuesto trabajar y sostenerla; creía ser mucho más fuerte que las otras.

Mónica se dirigió á la casa vacía á buscar su ropa, que tenía metida en un saco; volvió al poco rato y montó en el carro.

Estaba contentísima.

—¡Me ibais á dejar aquí como á un perro abandonado!—decía la anciana con emoción.

El aldeano que guiaba el carro chasqueó el látigo, y el caballo empezó á andar lentamente. Aquello era algo así como la mudanza de unos pobres. En el carro se habían reunido tres miserias.

No hablaban.

Pensaban.

Y de cuando en cuando sus ojos se dirigían á la Sauvetiere.

Desde allí se veía la casa y el pabellón.

Allí era donde en un momento de locura y de ceguedad se había perdido Elena.

La boda de su seductor estaba próxima.

Se casaba con los millones de Marta Virieux.

Ella iba á ganar el pan para sí y para su hijo.

¿Cómo se arreglaría?

¿Qué sería de ella?

A las diez el carruaje se detuvo delante de la estación de Vichy.

La plaza estaba llena de ómnibus y de viajeros que se iban ó que venían. Aquello era un tumulto ensordecedor.

La estación de baños estaba en toda su fuerza.

Aurora se dirigió á la ventanilla del despacho de billetes y pidió con voz sonora:

—Tres billetes de tercera clase para París.

Cuando el tren se puso en marcha, la joven que se hallaba asomada á la ventanilla vió á Bernardo Chavarux que la sonrió irónicamente. Y en el movimiento de sus labios, en el brillo de sus ojos, estando demasiado lejos para oír sus palabras, comprendió que la hacia esta amenaza que ya había oído otra vez.

—¡Nos volveremos á ver!

X

Vivienda de sabios

No era ni una guardilla ni un desván.

Estaba situada en todo lo alto de una casa de la calle de San Andrés de las Artes, en el centro de esas viejas construcciones que la piqueta de los demolidores ha respetado hasta hoy y que comprende las calles de Git-le-Coeur, Serpente des Grand-Augustins y Hautefeuille, un rincón de París que desaparece donde crece la hierba en las calles y toda clase de microbios y de insectos incómodos en las paredes.

La casa presentaba un aspecto repugnante; la escalera llena de polvo, en los días de sol,

como un camino de la Champagne, estaba llena de lodo cuando llovía, como un pantano de la Sologne.

La habitación de la portera, una mujer de sesenta años cuya vida había sido agitada viuda de un comisionista llamado Raposo y que contestaba al nombre de la Raposa, apodo que los vecinos la habían dado, tanto por los perfumes poco delicados que salían de su tabuco, como por el apellido de su difunto esposo, parecía un antro de brujas, y la portera, antigua griseta del barrio Latino, parecía una echadora de cartas desacreditada y que conserva pretensiones de elegante.

Sin embargo, el exterior de aquella casa, cuya construcción, como la de las que á ella estaban unidas, se remontaba á varios siglos, tenía algo con que halagar la vista de los aficionados á lo raro y lo antiguo.

Como dicen los anticuarios, «era de la época».

¿De qué época?

Los tejados eran puntiagudos, las armazones habían cedido y se inclinaban; nada estaba á plomo; en el interior era preciso calzar los muebles; los frontis de piedra estaban agrietadas; pero de todos modos, se veía que debía haber servido de vivienda á burgueses ricos.

Tenía cuadras para los caballos de tiro y para los de silla y cocheras para los carruajes de gala y de diario.

Las primeras se habían convertido en depósito de las carretillas ó carros de mano de un alquilador, y en las segundas se amontonaban las botellas y barriles de un tonelero que salía á comprarlas por las mañanas, gritando por las calles de París con voz de bajo: